

Comentarios a *Ciencias Humanas,*
post-fundacionalismo y
post-representacionalismo,
de José Fernando García,
Ediciones de la Universidad
Academia de Humanismo Cristiano,
Santiago, 2004

Cristián Parker Gumucio

En el contexto de una crisis de las ciencias sociales en Chile, sin debates sustantivos, aquejadas por problemas de desarrollo institucional, mal apoyadas por las instituciones universitarias y públicas, volcadas hacia la aplicación en las encuestas de opinión, en este mar de pragmatismo que subsume nuestra disciplina, aparece este libro de José Fernando García: una isla frondosa llena de riquezas y con variados desafíos a la reflexión teórica.

El libro de Fernando es un análisis profundo sobre las consecuencias epistemológicas que el avance de las filosofías post-representacionistas y post-fundacionistas tienen en el quehacer de las ciencias humanas contemporáneas y en sus aproximaciones a su objeto de estudio.

Al leer el libro, y más todavía al reflexionar en sus planteos teóricos, mayor razón encuentra uno a Peter Berger y Thomas Luckmann cuando en su introducción a la obra ya clásica *La Construcción Social de la Realidad* afirman que su interés reside en la sociología del conocimiento, considerada como parte de la sociología empírica, con teorizaciones por cierto acerca del problema del conocimiento, pero que dichas teorizaciones se refieren a los problemas concretos levantados por la disciplina empírica y no a las investigaciones filosóficas acerca de los fundamentos de dicha disciplina. En palabras de los autores: “Por consiguiente excluimos de la sociología del conocimiento los problemas epistemológicos y metodológicos que inquietaron a dos de sus principales gestores”, refiriéndose aquí a Max Scheler y a Karl Mannheim.

Desde mi particular experiencia como sociólogo de la cultura –siendo la sociología del conocimiento una de sus ramas principales– percibo la incomodidad que reflejan Berger y Luckmann, dado que se me propone entrar precisamente en un terreno que no es el mío: en el terreno de la epistemología de las ciencias sociales, cuando en realidad mi trayectoria teórico-reflexiva dice relación con problemas metodológicos prácticos de una disciplina empírica e histórica-social a la cual me he dedicado estos años. Con todo, mi aporte para presentar este libro dice precisamente relación con la recepción -o diré con la lectura– que hace un sociólogo dedicado a la investigación empírica e histórica de este libro, que es acerca de los fundamentos y mediaciones del proceso mismo de construcción del conocimiento científico en nuestras disciplinas. Es por tanto una anotación acerca de la relevancia que tiene para nosotros vernos confrontados a las preguntas como las que nos hace Fernando en su discusión crítica, principalmente con las ideas de Rorty, Habermas y Ricoeur, pero también con tantos otros autores (Descartes, Dilthey, Marx, Weber, Heidegger, Schütz, Wittgenstein, Winch, Quine, Puntnam, Gadamer, Popper, Lakatos, Kuhn, Apel, Levi-Strauss) con todos los cuales dialoga en un alto nivel reflexivo y con una innegable capacidad analítica.

El problema central al que se aboca Fernando en su libro es, por una parte, el de la relatividad del conocimiento y, por otra, el de la mediación lingüística del mismo. Dos cuestiones que han constituido temáticas polémicas en toda la historia de la filosofía del conocimiento en la época moderna, cuestiones no menores, y nada fáciles dada la abundante cantidad de autores y posiciones que se han sucedido desde Kant y Descartes en adelante.

Fernando muestra cómo la posición post-representacionista de Rorty se combina con el naturalismo. Lo cual acarrea una complicación para entender la diferencia existente entre objetos mudos (naturales) y objetos preinterpretados (sociales). En el primer caso dice Fernando, el lenguaje hace distinciones en el mundo que no por ello dejan de ser nuestras distinciones. Por tanto, no podemos ponernos entre el lenguaje y la realidad como afirma bien Rorty. Pero en el caso de lo social estamos ante un objeto autodefinido y autocomprendido por lo que, a diferencia de lo planteado por Rorty, es necesario establecer una distancia entre lenguaje y realidad. Como afirma más adelante, en la comprensión del hecho o fenómeno social no se trata de la distinción entre esquema y contenido, como lo pone Rorty, sino de la relación entre dos lenguajes. Es claro entonces que queda descartada la “observación simple” (se trata de participar, no de observar) de los fenómenos sociales como principio metodológico básico, ya que dicha observación no existe sino mediada por los códigos lingüísticos –del lenguaje de sentido común o de la ciencia– pero, por otro lado no debe quedar reducida al puro relativismo lingüístico, lo cual plantea la necesidad de reivindicar la hermenéutica, es decir, el reconocimiento (con Gadamer) que existe una posibilidad de diálogo entre el horizonte del intérprete y el horizonte de las tradiciones.

Tiendo a coincidir con la crítica que Fernando hace del naturalismo de Rorty –y de pasada a Weber y Schutz- en cuanto a que el criterio de empatía debiera completarse en la *verstehen* con la verificación de leyes sobre los cursos probables de acción (o al interior de las redes causales según Rorty), lo cual no sería posible sin el lenguaje. Pero me parece necesario explicitar –cuestión que Fernando hace a su manera- dos cosas: a) que nunca la interpretación es subjetiva sino que siempre es una práctica social (mediada no sólo antropológicamente, de aquí la referencia al

etnocentrismo), sino sociohistórica e institucionalmente, y b) es siempre una interpretación interlingüística mediada por códigos de comprensión, esto es, se trata de una práctica social estructurada simbólicamente, tanto la del sujeto cognoscente (cientista social) como la del sujeto conocido (acción social). Y por ello, dicho sea de paso, a diferencia de la concepción weberiana de la acción, no existe acción humana que no sea social (por más refleja y automática o mecánica que ésta sea). Fernando recoge esta idea comentando a Winch.

La distinción entre ciencias humanas y ciencias naturales parece necesaria, como bien afirma Fernando contra Rorty, pero no necesariamente porque existan una diferencia entre lenguaje objeto de lo natural que no resiste la operación de “adecuación” y lenguaje de la vida cotidiana social al cual sí hay necesidad de lograr una “adecuación” para su interpretación, sino, más bien, por las condiciones sociales de producción de las ciencias formales-naturales que son distintas a las ciencias sociales. Esto es, me parece a mí, lo que lleva a Fernando a concluir que en ciencias naturales existe posibilidad de alcanzar leyes de cierto nivel y predicciones (aunque de dominio limitado y susceptibles de corrección y/o modificación), lo cual no es posible en ciencias humanas dado que en ellas “no existe una manera normal de hacer ciencia” y en este sentido, las sospechas de Feyerabend (aunque excesivas y cuestionables) acerca del mito de la ciencia nos plantea las exigencias de revisar la forma como valoramos (y debemos desmitificar) el papel simultáneo del rigor de la metodología y de la creatividad en los procesos de investigación.

Lo anterior nos permite retomar el otro debate de Fernando, ahora con Ricoeur. Bien distingue al Ricoeur de la hermenéutica del símbolo y al Ricoeur de la hermenéutica del texto. La adopción del estructuralismo para el segundo caso infiltra el pensamiento de Ricoeur de cierto naturalismo lo cual afecta su propuesta global de combinar dialécticamente comprensión y explicación. La comprensión aplicada a los objetos simbólicamente preestructurados termina por ser subsumida por la explicación que se aplica a objetos que son ‘mudos’, lo cual sucede, según Fernando, por la “insistencia en la continuidad de las ciencias naturales y humanas a través de un mismo tipo de explicación, modelado sobre las primeras”.

Fernando, siguiendo las argumentaciones heideggerianas, afirma que el concepto de hermenéutica, tan necesario para las ciencias humanas, es, sin embargo engañoso para las ciencias naturales. No hablamos de la hermenéutica de la práctica científica sino de su objeto de estudio. Y la especificidad del objeto de las ciencias humanas es claramente distinto al de las ciencias naturales. García reclama que Heidegger y Ricoeur no saquen partido a la diferencia entre el *Dasein* como ente existencial con sentido y comprensión y los otros entes. Y Ricoeur en su hermenéutica del texto, por su afán de superar el dualismo metodológico concluye cediendo ante la explicación en desmedro de la comprensión (que tan bien articula en sus análisis sobre el símbolo en Freud). Pero la salida que ofrece García merecería una mayor explicitación dado que no parece suficiente afirmar que “la validez del conocimiento está dada (...) porque los fenómenos son comprendidos en la medida que son explicados y viceversa”.

Además de agradecer al autor por su gran aporte debo decir que corresponde que la Universidad Academia de Humanismo Cristiano valore como un honor y un orgullo este tipo de producciones editoriales. Por lo serio, profundo y pertinente del trabajo del autor, pero también por lo cuidadoso y acertado del trabajo edito-

rial y de imprenta. Es este un libro digno de recomendar como ejemplo de que en Chile, a pesar de la crisis de las ciencias sociales, todavía quedan buenos teóricos sociales que permiten mantener viva una tradición de buena sociología que el país nunca debiera perder.